

# LA HISTORIOGRAFIA RIOJANA. DESDE SARMIENTO A DAVID PEÑA

El esquema ideológico de “civilización y barbarie”,  
influencia y refutación

ARMANDO RAÚL BAZÁN

## 1. *Sarmiento y el Facundo. La historia riojana como modelo ideológico para la interpretación de la historia nacional*

El libro que dio mayor celebridad literaria a Sarmiento se escribió y publicó en 1845 cuando su autor estaba exiliado en Chile. Apareció como suplemento del diario *El Progreso* que él dirigía en Santiago y llevaba como título, en la ortografía simplificada que proponía, *Civilización i Barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga. I aspecto físico, costumbres i ábitos de la República Argentina*. Se reimprimió en 1851 (Santiago de Chile), en 1868 (Nueva York), en 1874 (París), en 1889 (Santiago de Chile-Buenos Aires) y en el tomo VII de la edición oficial de las *Obras Completas* de Sarmiento (1887-1903). Las numerosas reimpressiones de este siglo proceden generalmente de las dos últimas del pasado.

El carácter y la intencionalidad de la obra fueron definidos por su autor en la Carta-Prólogo a la edición de 1851 dirigida a Valentín Alsina. “Ensayo y revelación para mí mismo de mis ideas, el *Facundo* adoleció de los defectos de todo fruto de la inspiración del momento, sin el auxilio de documentos a la mano, ejecutada no bien era concebida, lejos del teatro de los sucesos, y con propósitos de acción inmediata y militante”. Conviene tener muy en cuenta esta confesión: el ensayo expresaba las ideas políticas de Sarmiento, las noticias y juicios no tenían apoyo documental y la construcción literaria era fruto de la inspiración creativa y no de la reflexión científica. Por lo demás, su designio era claro: el emigrado político hizo del libro un arma de la lucha contra Rosas. ¿Por qué entonces escribió sobre la vida de Facundo? Esto ya se ha dicho pero conviene repetirlo. A juicio de Sarmiento, Facundo Quiroga era el tipo humano más representativo engen-

drado por las guerras civiles que la Revolución trajo consigo. Él encarnaba los elementos de desorden y de anarquía que se agitaban embrionariamente en las provincias rioplatenses antes de producirse el movimiento revolucionario: en su personalidad rudimentaria y bárbara, dotada del innato privilegio del mando, se fusionaban las fuerzas disociadoras de la campaña pastora antitéticas de los valores civilizados representados por la ciudad: escuela, talleres, comercio, justicia, indumentaria, hábitos de convivencia. La antinomia era irreductible porque era el enfrentamiento de dos mundos, de dos sociedades distintas.

Facundo convirtió ese enfrentamiento en una guerra nacional donde quedó triunfante al cabo de diez años de combates y de devastaciones, pero cuyo resultado sólo pudo ser aprovechado por Rosas, su asesino. Con esa terrible acusación, Sarmiento introduce su alegato en contra del dictador de Buenos Aires y jefe de la Confederación Argentina. Hay una simbiosis política entre ambos. Facundo fue reemplazado por Rosas, "espíritu calculador, que hace el mal sin pasión y organiza lentamente el despotismo con toda la inteligencia de un Maquiavelo". El alma del primero había pasado "a este otro molde, más acabado, más perfecto, y lo que en él era sólo instinto... convirtióse en Rosas en sistema".

La recreación que hace de Quiroga denota la influencia del historicismo romántico. Facundo es un producto típico de la campaña pastora cuyo hábitat propio es el desierto que desenvuelve en el gaucho las facultades físicas y paraliza las de la inteligencia. Era un tipo humano representativo de una realidad geográfica y también de un tiempo histórico. Aquella era una suerte de enfermedad que aquejaba a la República Argentina: la extensión, la soledad, el despoblado, que oprimían a la ciudad reduciéndola a un estrecho oasis de civilización enclavada en un llano inculto. Ahí pervivían los factores disociadores engendrados por una tradición retrógrada heredada de España. Era la barbarie primitiva, el instinto ciego, la animadversión contra las formas cultas arraigadas en la ciudad. Todo eso era Facundo.

Cuando Sarmiento publicó su libro "con propósitos de acción inmediata y militante" no podía imaginar siquiera el afortunado destino de su testimonio sobre las luchas civiles y la repercusión que tendría en la historiografía nacional. No fue suya la culpa de que toda una escuela de cronistas e historiadores atribuyera a sus apasionados juicios la categoría de dogma histórico, y que la veneración de los normalistas los difundiera como cartilla histórica a los niños y jóvenes de la escuela

argentina. Historiadores y maestros desoyeron su franca advertencia, contenida en la Carta-Prólogo a la edición de 1851, de que su libro "irá bien pronto a confundirse con el farrago inmenso de materiales, de cuyo caos discordante saldrá un día, depurada de todo resabio, la historia de nuestra patria". Correcta valoración crítica de su propio testimonio y conciencia sobre la imposibilidad de escribir en ese momento nuestra verdadera historia. Pero sus adictos no le hicieron caso y administraron el producto como receta única para explicar los enfrentamientos sangrientos de nuestras luchas civiles. Sea por una aplicación simplista del criterio de autoridad, sea porque el modelo sarmientino convenía a los intereses políticos del partido vencedor, lo cierto es que durante muchos años esas ideas fueron repetidas y reiteradas, incluso con agregados que tornaban más sombrío el panorama, más siniestra la personalidad con la cual Sarmiento personificó "los elementos de desorden" que encerraba la guerra civil de la República Argentina.

El libro aparecido en 1845 y objeto de numerosas reediciones es, no cabe duda, una obra de arte, la lucubración de un gran escritor. Precisamente por esa virtud las ideas que exponía con declarado propósito partidista resultaban fascinante argumentación para descalificar al partido federal y a las figuras que lo lideraban, especialmente a Quiroga y Rosas. Ensayo, panfleto, rudimentaria crónica, intencionada biografía, hay un poco de cada género en este libro. "Trabajo hecho de prisa, lejos del teatro de los acontecimientos... consultando a un testigo ocular sobre un punto... o apelando a las propias reminiscencias", nunca podía resultar un producto historiográfico serio, a tono con la madurez alcanzada por los modelos europeos de la época y que Sarmiento se empeñaba tanto en imitar en modas, legislación y costumbres para poder considerarse un hombre "civilizado".

Si no es obra histórica, ¿cómo se explica que durante tanto tiempo haya sido conceptuada como tal? Un crítico de Shakespeare ha dicho con acierto que la obra de arte literaria tiene mayor poder de convicción que los libros de historia. ¿Qué historiador podría lograr la tremenda fuerza expresiva del gran dramaturgo inglés cuando diseña los retratos de Ricardo III o de Julio César? Sin embargo, la fuerza de persuasión de la literatura no lo explica todo. Hay también en juego un factor político. El *Facundo* era el libro que convenía para afianzar "los principios triunfantes en Pavón", un argumento convincente y verosímil elaborado por un hombre del partido vencedor sobre el carácter de la guerra que había enfrentado a unitarios y federales, simbolizada en la antinomia "civilización" y "barbaric". Sarmiento pensó originaria-

mente que su libro respondía sólo a una necesidad circunstancial, la lucha contra Rosas, pero el proceso político posterior le demostró que esa explicación dualista de nuestra historia seguía siendo útil como herramienta partidaria. Y también lo entendieron así los hombres del partido liberal. De tal suerte, el *Facundo* es el libro fundacional de ese fenómeno que Arturo Jauretche ha denominado "la política de la historia", explicación verosímil pero no verdadera del sometimiento del interior mediante la pacificación armada del ejército de línea.

Obra escrita sin documentación, apoyada solamente en testimonios orales interesados y en las reminiscencias del autor, no puede ser considerada historia. Pero sin embargo fue tenida por tal por sus méritos literarios intrínsecos y las circunstancias políticas expuestas. Su autor, pese a reconocer ante Valentín Alsina las "inexactitudes" que la obra contenía, sus limitaciones informativas y su designio de política militante, no quiso tampoco rectificar sus juicios. "He usado con parsimonia de sus preciosas notas —dice Sarmiento a Alsina— guardando las más sustanciales para tiempos mejores y más meditados trabajos, temeroso de que por retocar obra tan informe desapareciese su fisonomía primitiva, y la lozana y voluntariosa audacia de la mal disciplinada concepción." Al fin de cuentas, pasaría mucho tiempo hasta que otros autores se atrevieran a puntualizar "... la audacia de la mal disciplinada concepción". El *Facundo* se siguió editando y repitiendo por políticos, escritores y maestros, mientras que "las preciosas notas" de Valentín Alsina serían publicadas recién por Estanislao Zeballos (*Revista de Derecho, Historia y Letras*) cincuenta y seis años después. Era un poco tarde para hacer reflexionar sobre la endeblez histórica de "obra tan informe" pero tan vigorosamente escrita por un hombre de real talento literario. Los juicios sobrevivieron a su autor y costó mucha tinta, aporte de ignorada documentación e incontables polémicas, remover progresivamente el esquema sarmientino. Todavía hacia 1931 un autor tan prestigioso como Ramón J. Cárcano seguía defendiéndolo con más lujo retórico que fundamento heurístico.

Por todo ello resulta inevitable comenzar este análisis de la historiografía riojana con la versión del *Facundo*. Ha sido tanta su gravitación que toda la producción que vino después referida al personaje y su tiempo se ha ocupado del libro de Sarmiento, ora para repetir sus juicios, ora para refutarlos. Así lo demostraremos en nuestro estudio. Fue David Peña (1906) el primero que se atrevió a desmentir a Sarmiento con documentación y elocuencia. La polémica siguió casi has-

ta nuestros días. En el estado actual del conocimiento histórico ella no tiene ya razón de ser. La figura del caudillo riojano es a la luz de las pruebas aportadas una personalidad que tiene ganado un lugar de primer plano en la historia nacional.

La madurez del juicio histórico nos hace desechar la falsa aunque inteligente imagen acuñada por el sanjuanino. La ciencia histórica está capacitada para dar respuestas más auténticas y ecuanímes sobre los hombres y hechos del pasado. Con esta controvertida cuestión ha sucedido un fenómeno que es propio de todos los pueblos. Cada etapa cultural exige explicaciones adecuadas con su desarrollo intelectual. El mito, la leyenda, la poesía épica, son las formas rudimentarias de la comprensión histórica. Ellas tienen validez hasta que llega un Hecateo de Mileto —como ocurrió en Grecia— y con audacia crítica pone en tela de juicio esas explicaciones ingenuas y decide formular otras más convincentes para el sentido crítico de inteligencias adultas. Claro que siempre habrá gente que prefiere las respuestas de la leyenda épica a las de la historia. Esto es inevitable.

## 2. *Significación histórica del Chacho Peñaloza: Hernández versus Sarmiento*

La dudosa suerte de las armas selló en los campos de Pavón el destino del gobierno federal de Paraná y allanó a Buenos Aires el sometimiento del país, mayoritariamente adverso a su orientación política. Fr. Mamerto Esquíu, esa gran voz que había saludado con alborozo la organización constitucional de 1853 por sustituir el principio condenable de la revolución con el de la sumisión a la ley, no pudo sofocar su desengaño por el desmoronamiento del sistema elogiado por él en su famoso Sermón de la Constitución. Publicó entonces, en las páginas de *El Ambato*, el epitafio que debía grabarse en el sepulcro de la Confederación Argentina, "ilustre víctima que bien merece el honor siquiera de la tumba". El texto decía: "Aquí yace / la Confederación Argentina / Murió en edad temprana / A manos de la traición, de la mentira y el miedo / ¡Que la tierra porteña le sea leve!"

El sentimiento de frustración y de amargura que doblegó el ánimo del santo catamarqueño fue compartido por muchos de sus compatriotas. Esquíu dio su testimonio, otros se allanaron ante lo irremediable. Prominentes dirigentes federales se impusieron el exilio

y otros trataron de negociar la gracia del vencedor. Sólo un hombre se mantuvo impertérrito, negándose con valor temerario a soportar la humillación de ver a su provincia invadida por las fuerzas pacificadoras comisionadas por el general Mitre. Ese fue el Chacho Peñaloza, caudillo de las masas rurales riojanas. Guerreó contra Sandes, Rivas, Arredondo y el propio Paunero, jefe del ejército del interior. Fue contendor de Sarmiento, director de la "guerra de policía" ordenada por Mitre, esperó inútilmente que su jefe Urquiza lo ayudara y perdió trágicamente su vida a manos de la lanza homicida de Irزابال el 12 de noviembre de 1863, en Olta, pueblito de los llanos riojanos.

Este acontecimiento luctuoso, que rubricó la terminación de la guerra civil entre Buenos Aires y el interior, originó una gran polémica que se sustanció durante mucho tiempo en los ámbitos del periodismo, el libro, los recintos legislativos y los cenáculos políticos. Hubo aplausos y condenaciones de pública resonancia y las opiniones quedaron divididas en el propio campo del partido liberal. En el Senado Nacional, doce años después, Rawson y Sarmiento protagonizaron un histórico debate empeñados en dirimir responsabilidades. Pero mucho antes, cuando la tragedia acababa de cerrarse, hubo una controversia con implicaciones histórico-políticas entre los dos grandes escritores que tuvo la Argentina el siglo pasado, José Hernández y Domingo F. Sarmiento. Cada cual dio su propia versión sobre la víctima ilustre y sobre las causas de los acontecimientos. Hernández acusa; Sarmiento se defiende y justifica su conducta como director de la guerra contra el Chacho. Cada cual cuenta la historia de distinta manera. La contradicción es sustantiva porque se enfrentan dos concepciones distintas del país, dos sentimientos respecto de sus hombres y también, por cierto, dos ideologías políticas. Es una polémica trascendente por su repercusión en el tiempo y sus connotaciones en la historiografía argentina.

### *José Hernández y su "Vida del Chacho"*

Cuando llegó a Paraná la noticia del asesinato del Chacho ésta causó la indignación de José Hernández. Adherente fervoroso del partido federal, había abandonado años antes la ciudad de Buenos Aires para colaborar con el gobierno de la Confederación. El joven político y escritor fue empleado de la Contaduría y luego taquígrafo

del Senado. En este empleo tuvo ocasión de conocer a Sarmiento durante las sesiones de la Convención Reformadora de 1860, registrando una impresión de antipatía.

En febrero de 1863 comenzó a publicar *El Argentino*, y en las páginas de su periódico quiso estampar sus sentimientos e ideas sobre el caudillo que acababa de morir a manos de sus enemigos. Una serie de artículos se reúnen en forma de folleto, el 1º de diciembre de 1863, bajo el título de *Vida del Chacho*. Es un homenaje póstumo donde expresa un piadoso sentimiento de admiración y afloran la diatriba y el alegato. Su escrito constituye el primer boceto biográfico sobre el general Peñaloza.

Hernández conocía algunas cartas y partes relacionados con la muerte del Chacho. Esos papeles demostraban la complacencia increíble de Sarmiento: su eufórica comunicación a Paunero felicitándolo por ese "nuevo triunfo que promete poner término a la guerra del vandalaje", y sobre todo, su carta a Mitre, del 18 de noviembre, donde irreflexivamente aprobó y aplaudió el degüello del Chacho pues se declaraba convencido de que "sin cortarle la cabeza a ese inveterado pícaro las chusmas no se habrían aquietado en seis meses". Estos datos ayudan a comprender la situación psicológica de Hernández en el momento de escribir la biografía.

El Prólogo es una invectiva contra el partido unitario y una condenación a la política complaciente de Urquiza con sus enemigos. "Los salvajes unitarios están de fiesta", señala al comenzar su escrito. "Celebran en estos momentos la muerte de uno de los caudillos más prestigiosos, más generoso y valiente que ha tenido la República Argentina. El partido federal tiene un nuevo mártir." A su juicio, Peñaloza es el "Viriato Argentino" cuyo asesinato ha sido perpetrado por el partido "que invoca la ilustración, la decencia, el progreso..." En su sentir, esa política del puñal ha escrito una historia sangrienta donde figuran como víctimas los nombres de Benavidez, Virasoro y Peñaloza. Con tono de imprecación afirma que "la sangre de Peñaloza clama venganza" y confiesa su desilusión respecto de Urquiza asegurando que éste no podrá detener el brazo de los pueblos que quieren venganza reparadora como lo exigen "la moral, la justicia y la humanidad". Cierra su breve Prólogo con una profecía que tendrá trágico cumplimiento: el asesinato del propio Urquiza en su residencia de San José, donde su sangre "ha de enrojecer los salones tan frecuentados por el partido unitario".

En el segundo acápite de su trabajo, *Revelación de un crimen*, denuncia la maquinación de los unitarios para engañar al país sobre las circunstancias de la muerte del Chacho. Apoyando su análisis en ciertas contradicciones que surgen de los partes y correspondencia de Sarmiento, Irrazábal y Echegaray, afirma que Peñaloza no fue hecho prisionero, ni fusilado, sino apuñalado en su propio lecho mientras dormía y luego degollado. Sostiene que el crimen se cometió no el 12 sino el 8 de noviembre, como parece surgir de una carta de Irrazábal a Echegaray, fechada en Ulapes. Cree que todo ese plan ha sido confabulado por Sarmiento para arreglar la noticia de modo que disipara la idea de asesinato.

Seguidamente, en nueve cortos capítulos, escribe la biografía de Angel Vicente Peñaloza. Hace de él un encendido elogio, "caudillo valiente, generoso y caballeresco que ha sido actor de las escenas más notables del drama de nuestras luchas civiles". Se refiere a su origen familiar diciendo que pertenecía a una de las más antiguas y notables familias de La Rioja. Recoge la tradición —luego repetida por Sarmiento— de que fue criado por un sacerdote, quien le dio el apodo de "Chacho" con que se hizo célebre. Fallecido su protector, refiere que el general Quiroga lo llevó a su lado incorporándolo como soldado en su regimiento. Ahí comenzó su larga trayectoria que por mérito de servicios lo promovió al generalato y a la condición de caudillo indiscutido de sus paisanos.

Peleó primero en la guerra contra el presidente Rivadavia, sostenido militarmente por Lamadrid. Estuvo en la batalla del Tala, donde recibió "una grave herida de lanza" y ganó el ascenso a capitán. Menciona, seguidamente, su participación en la jornada de Rincón —julio de 1827—, que rubricó la derrota del unitarismo.

La revolución del 1º de diciembre de 1828 abre un nuevo capítulo de nuestra guerra civil. El autor conceptúa que ese movimiento "es el tronco genealógico de todas las desgracias" que luego afligieron a nuestra patria. Relata hechos ahora bien conocidos: el pronunciamiento de las provincias en contra de la revolución y la marcha del general Paz al interior. Córdoba es invadida y el gobernador Bustos llama en su ayuda a Quiroga. En el ejército riojano está nuevamente Peñaloza, quien adquiere "un fabuloso renombre" en las dos reñidas batallas de La Tablada, 22 y 23 de junio de 1829. Es oficial de caballería y autor de las intrépidas cargas que arrebatan a Paz parte de su artillería. En Oncativo sigue al lado de Quiroga y acompaña a su jefe después de la

derrota cuando se asila en Buenos Aires. Paz era entonces dueño del interior. Rosas arma una fuerza expedicionaria y la pone a las órdenes de Quiroga. Éste abre nueva campaña y obtiene sucesivos triunfos en Río Cuarto, Río Quinto —donde muere “el intrépido coronel Pringles”— y en Rodeo de Chacón. En todas estas acciones, según Hernández, participa el distinguido oficial quirogano.

Quiroga organiza en Mendoza el Ejército de Auxiliares de los Andes y dirige su esfuerzo sobre Lamadrid, replegado a Tucumán con las tropas de Paz. La guerra se define el 4 de noviembre de 1831 en el campo de la Ciudadela, jornada notable donde el triunfo “fue debido en gran parte, al valor del capitán Peñaloza”. Ahí se ganó el ascenso a teniente coronel. Regresado a los Llanos “gozaba entonces de la nombradía que le había conquistado su valor y la fama bien adquirida por sus hechos”.

Su nueva intervención será en la guerra de la Coalición del Norte cuando las provincias descontentas se pronuncian contra Rosas. En La Rioja el pronunciamiento fue masivo y su gobernador, Tomás Brihueza, fue investido con el título de director de la guerra. Contó con el concurso decidido de Peñaloza, quien tuvo un comportamiento distinguido en una guerra desgraciada. Durante tres meses se sostuvo en los Llanos “sin más elementos que su prestigio” contra fuerzas muy superiores que destacaron Oribe, Aldao y Benavidez. Hernández declara que la “premura del tiempo” no le permitió recoger los datos indispensables “para hacer la historia de esos gloriosos 90 días”.

Cuando Lamadrid avanzó sobre Cuyo, Peñaloza se le incorporó con su gente riojana. Esto le dio ocasión de participar en la batalla de Rodeo del Medio, el 24 de noviembre de 1841, donde fueron derrotados por el general Pacheco. Luego sobrevino el dramático episodio del cruce de la cordillera obstruida por la nieve y el exilio chileno. “Poco tiempo se conformó el patriota riojano con la vida del expatriado”. Viendo los sufrimientos de su patria, “víctima de la tiranía” atraviesa nuevamente la cordillera y su expedición gana el apoyo de casi todo el pueblo riojano. Merced a una sucesión de acciones que le son favorables ocupa Catamarca y luego Tucumán luchando contra los gobernadores rosistas. Su audacia operativa estuvo condicionada por precarios recursos. Fue derrotado por Nazario Benavidez en los Manantiales. En esta batalla fue salvado de la muerte por el arrojamiento de su mujer a costa de una herida en la cabeza. Dicho episodio fue tema del cancionero popular recogido por Juan Alfonso Carrizo en su *Cancionero Popular de Tucumán*. Viene al caso repetir la conocida copla para

demostrar cómo los hechos del Chacho inspiraron la creación poética de nuestro pueblo: "Doña Victoria Romero / Si quiere que yo le cuente / Se vino de Tucumán / Con un hachazo en la frente".

Hernández pone de relieve "el temple generoso" del caudillo en la penosa retirada que siguió al Manantial. El coronel Martín Yanzón, que marchaba como jefe de su vanguardia, fue muerto en Santa María (Catamarca) por una partida enemiga. Peñaloza consiguió apresar a sus victimarios, los hizo transportar a pie el cadáver de su compañero hasta la capilla de Hualfin y cavar ahí su sepultura. Luego les ordenó que se arrodillaran junto a la tumba de Yanzón y rezar una oración por su alma. "Esa fue su venganza", cuenta el autor del *Martín Fierro*, y seguidamente se pregunta: "¿Puede referir un hecho semejante alguno de sus furiosos enemigos?"

Derrotado nuevamente en Illisca, varios meses después, el Chacho se vio obligado a emprender por segunda vez el camino del exilio chileno. "Como antes, la vida fuera de su Patria le fue penosa e insostenible". Fió su suerte a la generosidad de Benavidez, cuyos sentimientos conocía, repasó la cordillera y se presentó en San Juan acogiéndose a su protección. No se equivocó el viejo criollo. Benavidez le aseguró una hospitalidad generosa y segura, desatendiendo incluso órdenes de Rosas para que le remitiera el cautivo.

Después de Caseros, el gobernador sanjuanino se puso decididamente al servicio de la organización nacional. Peñaloza, identificando su causa con la de su protector y amigo, se unió a él con todo el poder que le daba su prestigio en La Rioja. Urquiza lo premió con los despachos de coronel mayor de la Nación y durante el gobierno de la Confederación fue uno de sus sostenedores más decididos y leales "concurriendo siempre con la subordinación del soldado, allí donde el Gobierno Nacional se lo ordenó".

En las páginas finales, Hernández destaca la resistencia heroica que el general Peñaloza hizo al ejército que Mitre envió después de Pavón para someter a las provincias. Recuerda a los lectores episodios que estaban frescos en la memoria de todos: la sacrificada resistencia contra Rivas, Sandes y Arredondo y la firma del tratado de la Bandera. Elogia su gesto ejemplar de devolver con vida a todos los prisioneros y recuerda la recriminatoria pregunta dirigida a los jefes mitristas: "Y bien, ¿dónde están los míos? Los requeridos enmudecieron, pues todos los oficiales de Peñaloza tomados prisioneros habían sido fusila-

dos sin piedad. El jefe llanista habría expresado entonces: «¿Cómo es que yo soy el bandido, el salteador, y ustedes los hombres de orden y de principios?»»

Esta fue la vida del hombre —concluye José Hernández— que acaba de ser sacrificado a la saña implacable, a la cobardía y los instintos sanguinarios de una partida de asesinos.

### *Valoración crítica de la obra*

*La Vida del Chacho*, ensayo biográfico de José Hernández, tiene los méritos y las limitaciones de una obra de circunstancia. Hay en ella pasión política, resentimiento e indignación. Nunca la prosa del autor del *Martín Fierro* se puso tan al rojo vivo. En sustancia, los hechos eran ciertos pero están referidos con el designio de anatematizar al partido unitario y de enjuiciar duramente la pasividad de Urquiza, a quien advierte que amigos como Peñaloza, Virasoro y Benavidez no se recuperan.

Las páginas que dedica propiamente a la biografía del Chacho rezuman admiración por las virtudes de un héroe de contornos épicos. La obra fue escrita sin el apoyo de documentos y acudiendo a los datos que suministraba la tradición oral. Tiene el mérito de ser el primer boceto en que se basarían reconstrucciones y pesquisas posteriores. A la luz del conocimiento actual del tema puede decirse que Hernández relata honestamente los hechos conocidos y que en la valoración del personaje acierta en lo fundamental. Básicamente plantea la vindicación de un actor de nuestras guerras civiles cuya significación fue materia de controversia y luego de eruditos estudios. El mérito de Hernández es haber logrado captar la verdadera significación de un caudillo mucho antes que la historia-ciencia consiguiera rescatarlo de la condenación y del ludibrio con que lo sancionaron el grito de las pasiones de la época y luego la seudohistoria. Computando omisiones, exageraciones y errores de información originados en la falta de documentación y en la falible tradición oral, el Chacho que nos muestra José Hernández es la figura histórica que hoy reconocemos. No fue un bandolero sino un criollo auténtico, fiel a su tierra y a su gente; un federal convencido que luchó siempre por la causa de la dignidad de las provincias y en especial de La Rioja, contra la prepotencia y el exclusivismo porteñistas. En una conducta de rara coherencia combatió contra Rivadavia, Rosas, Mitre y Sarmiento, exponentes de una po-

lítica centralista bajo signos y lemas diversos. Y perdió la guerra y la vida después de librar muchas batallas durante cuarenta años.

Hay en esta biografía de Hernández elementos propios de la leyenda épica, recogidos también por el folklore. Su autor no se propone profundizar en las causas y motivaciones del personaje, cuya autenticidad y nobleza descuenta. También está dicho que no fue su intención hacer obra erudita sino componer un elogio fúnebre a un mártir de nuestras guerras civiles a quien admiraba por considerarlo "noble" y "patriota". Durante mucho tiempo nuestra literatura histórica lo ignoró o falseó su verdadera personalidad. La óptica histórico-política predominante lo relegó al ámbito de la leyenda, de una "leyenda aterradora", como expresaría David Peña respecto de Quiroga.

### *Sarmiento y su versión de Ángel Vicente Peñaloza*

Sarmiento escribió la vida del Chacho dos años después de la muerte del caudillo, mientras se desempeñaba como ministro argentino en los Estados Unidos y se gestaba su candidatura para presidente de la Nación. La guerra con el Paraguay comenzaba en un clima de opinión adverso en el interior, con sublevación y resistencia al reclutamiento en varias provincias. En ninguna fue más patente esa rebeldía que en La Rioja, donde los hombres del Chacho sublevaron un contingente de 250 hombres listo para ser enviado al frente de operaciones. Contra la predicción de Sarmiento sobre los resultados que esperaba de la muerte del Chacho, "las chusmas..." riojanas no se habían sometido pese al escarmiento. Fenómeno político-social que proponía un análisis objetivo de sus causas a los gobernantes liberales, empezando por el presidente Mitre. En 1865 ése no era el problema de Sarmiento, colocado en una situación ventajosa para seguir el desarrollo de los acontecimientos con promisorias expectativas. Lo que él quiere es justificar su conducta como director de la guerra contra el Chacho que le ha granjeado tantas críticas no sólo a los federales sino también entre la gente de su partido, la clase "decente y civilizada".

A diferencia del *Facundo*, escrito sobre la base de sus "reminiscencias" y el testimonio oral tendencioso, la biografía del Chacho revela una narración más cuidadosa de los hechos y un manejo de documentación relativa a los levantamientos de Peñaloza en los años 1862 y 1863. Tiene, asimismo, el valor de testimonio personal sobre los acontecimientos de que fue protagonista como gobernador de San Juan y también como director de la guerra en el segundo levantamiento del

caudillo llanista. Su juicio de valor sobre el personaje es siempre peyorativo, a despecho de la aparente objetividad y de algunos ocasionales elogios. Para Sarmiento, Ángel Vicente Peñaloza es simplemente el Chacho, un "jefe de bandas". Para nada le reconoce su grado de general de la Nación, discernido por decreto del presidente Urquiza, aunque orgullosamente invoca para sí el grado de coronel y los cargos que desempeñó sucesivamente después de Pavón: auditor de guerra del primer cuerpo de ejército, gobernador de San Juan y director de la guerra contra el Chacho.

La exposición comienza en septiembre de 1842, cuando pasan la cordillera los derrotados en Rodeo del Medio, entre los que figuraba su biografiado. La composición literaria que hace de esa dramática circunstancia es excelente. Este pasaje le sirve para presentar al personaje: "jefe ... de los montoneros que antes había acaudillado Quiroga", que había contribuido "con su falta de disciplina y ardimiento, a perder la batalla ..." Se refiere sin duda a Rodeo del Medio, aunque su versión se contradice con la elogiosa referencia sobre el comportamiento del Chacho consignada por Lamadrid en sus *Memorias*.

Reconoce la gravitación del Chacho entre los emigrados argentinos y se sorprende de que hombres "generalmente cultos" dieran importancia "a este paisano semibárbaro... con su chiripá y atavíos de gaucho". Menciona su origen familiar acogiendo los dichos más desfavorables: sirviente de un sacerdote que acostumbraba llamarlo con el apodo "Chacho" con que luego fue conocido; paisano analfabeto y sin ideas, que apenas se daba maña para firmar con una rúbrica los papeles que le escribía "un amanuense o tinterillo cualquiera, que le inspiraba el contenido también..."

Traza su retrato físico y sus condiciones de carácter: blanco, de ojos azules y pelo rubio cuando joven, "apacible de fisonomía cuanto era moroso de carácter". Le reconoce una virtud: sus sentimientos piadosos para con los enemigos y su falta de codicia. Empero, enseguida le enrostra su barbarie impenitente, que no pudo ser modificada por el "roce de la vida pública". A su juicio, ello se debía a su "naturaleza cerril... y alma obtusa".

Hay una cualidad que Sarmiento no logra entender: el prestigio incólume de Peñaloza durante treinta años y a pesar de sus derrotas. Y cuando quiere explicar su audaz y valiente decisión de emprender una guerra en 1862 cuando estaba sometida toda la República, apela

a una explicación poco convincente: el desafío del peligro como cualidad del bárbaro y el espíritu gregario de las masas pastoras “que Facundo había creado desde 1825”. El esquema de “civilizados” y “bárbaros” es demasiado rígido y estrecho para comprender la psicología social del pueblo riojano: rebeldía contra la coerción foránea y arrogancia nativa. Esa fue la impronta que dejó España con su colonización y el trasvasamiento y mestizaje con el pueblo diaguita.

Hay una mejor aproximación a la raíz del problema cuando el sanjuanino explica el origen de la montonera. Estaría en la “disciplina primitiva e indígena” de cuyos resabios salió la montonera “bajo la forma de un alzamiento de campaña”, ya que es en La Rioja “donde se encuentran rasgos más frescos de la antigua reducción de indios” que perduraba en la toponimia y en los pueblos de ese origen. Esa comunidad de origen étnico y de hábitat geográfico son antecedentes que explican por qué en los levantamientos del Chacho tomaron parte no sólo los pueblos de La Rioja sino también los habitantes de las tierras circunvecinas de San Luis y San Juan. Aunque Sarmiento no lo dice, conviene recordar el gran alzamiento calchaquí como fenómeno de rebeldía generalizada de los pueblos indios contra la explotación y la prepotencia del colonizador español.

En el capítulo titulado *Reconstrucción*, relata y juzga los hechos de la historia nacional siguientes a Pavón, descalificando “el ensayo de una Confederación sin Buenos Aires”, que dejaba a la provincia más importante fuera de la nación. Documenta su gestión como auditor de guerra del ejército de Paunero en las provincias de San Luis, Mendoza y San Juan. Valido de un eufemismo cuenta su imposición como gobernador de San Juan: “Es excusado de decir (?) que fue aclamado gobernador...”, destino que el coronel Sarmiento aceptó “como un deber y un honor que estimaba en mucho”.

Aborda, seguidamente, en forma detallada, las circunstancias y episodios relacionados con los levantamientos del Chacho. No entiende por qué motivos, cuando la lucha había cesado por todas partes, el Chacho se lanzó contra Tucumán, donde fue derrotado, y luego volvió a los Llanos, cuya población se levantó en masa para apoyarlo. Esta reacción provocó una lucha de desgaste a las tropas de línea, dejándolas sin caballería, y puso sitio a la ciudad de San Luis, a cien leguas del punto en que aquélla buscaba a la montonera.

Habla despectivamente del Tratado de la Banderita, suscripto entre Rivas y Peñalosa, que en su sentir significó dejar al Chacho “tranquilo

en su casa con los honores de general... en posesión de los medios que por tantos años le habían servido para sus depredaciones y correrías". Confiesa que él tomó sus precauciones diplomáticas "con aquel cacique", designando subdelegado de Valle Fértil a un capitán Fonsalida, pariente suyo. Éste escribió al Chacho y obtuvo una amistosa respuesta. La carta, de fecha 22 de septiembre de 1862, habla de la excelente disposición de Peñaloza para una relación sincera con el gobierno de San Juan. En otra misiva personal dirigida a Sarmiento recordaba los servicios que de él había recibido en Chile. Ratificó esa disposición de paz cuando a fines de 1862 ordenó disolver las fuerzas que algunos capitanejos habían reunido para hostilizar a San Luis y Córdoba.

¿Cuál fue la causa de la insurrección de 1863? De esta cuestión clave Sarmiento suministra una versión donde toda la responsabilidad recae en Peñaloza y en grupos federales adictos de las provincias andinas. Recoge versiones que llegaban de Chile que hablaban de un entendimiento de los exiliados Saá, Benavidez y Nazar con el Chacho y Urquiza para organizar una reacción. En marzo aparecieron grupos de montoneros en la frontera de Córdoba, San Luis y Catamarca y el 2 de abril pasaba desde Chile el coronel Clavero, se adueñaba de los fuertes de San Rafael y San Carlos y avanzaba sobre la derruida ciudad de Mendoza. Dice que su propio gobierno se hallaba en situación difícil "para hacer frente al desquiciamiento que se veía venir". Podía contar con la guardia nacional pero no con la lealtad de las milicias de caballería, adictas como siempre al Chacho. El mismo era acusado de masón y los sacerdotes, desde el púlpito, explicaban la abominación de la masonería. Este patético cuadro demuestra la orfandad de opinión en que se hallaba un gobierno liberal impuesto por las fuerzas de línea. Todo ardía a su alrededor.

Después de exhortar al coronel Iseas a apoyar su causa contra "los malos hijos de la patria" que oprimían a los pueblos, el Chacho se puso al frente de la insurrección armada. Esto fue ocasión para que Sarmiento emitiera una proclama —7 de abril—, donde denunciaba el plan de Peñaloza, "secundado por medio docena de bárbaros oscuros", de imponer un modelo político inspirado en su república de los Llanos: la montonera constituida en gobierno y lanzada al desenfreno del pillaje y la barbarie. Enseguida recibió instrucciones del gobierno nacional junto con el nombramiento de director de guerra. Denunció la falta de realismo y la desactualización de dichas instrucciones que lo hace inferir: "¿No habría sido mejor no mandar instrucciones?" Eso

sí, pone especial énfasis en destacar el carácter de la guerra según las instrucciones reservadas redactadas por el propio presidente Mitre. En ese documento fincaba su principal justificación: La Rioja era una cueva de ladrones que amenazaba a las provincias vecinas. Había que hacer pues una guerra de policías contra ladrones y no contra revolucionarios de signo partidario.

Sarmiento, cronista de la historia que ha vivido, explica las medidas militares que adopta: Sandes con el regimiento 1º de caballería para proteger a San Luis y operar sobre los Llanos; Arredondo encargado de desbaratar la amenaza de Clavero en Mendoza. Conociendo la desmesura del primero dice que le recomendó no aplicar la pena de muerte "sino en los casos de ordenanza y siempre con intervención de consejo de guerra verbal". El por su parte emitió una nueva proclama, dirigida esta vez a los riojanos, cuyos términos no conducían precisamente a apagar el incendio. Calificaba a Peñaloza de "estúpido, corrompido e ignorante" y prevenía a los riojanos sobre la necesidad de lavarse de la mancha de apoyar su sedición.

Cuenta la victoria de Sandes sobre el Chacho en Lomas Blancas —21 de mayo— y su ansiosa persecución por todo el ámbito de los Llanos. Esta marcha forzada de 100 leguas significó la destrucción de sus caballadas sin conseguir el objeto que se proponía. ¿Dónde estaba el Chacho? Nada menos que en posesión de Córdoba, la segunda ciudad de la República. Esta noticia inconcebible pero cierta llegó a conocimiento de Paunero, inspector general de armas, que operaba en San Luis. Dicho jefe concentró todas las fuerzas que podía reunir, 4.000 hombres, fuerza desproporcionada para enemigo de tan poca capacidad pero comprensible por la alarma que hecho tan inusitado produjo hasta en Buenos Aires. En la batalla de Las Playas ocurrió la dispersión de Peñaloza y la rendición incondicional de la infantería cordobesa.

El autor hace una prolija y animada crónica de los sucesos posteriores. La retirada del Chacho hacia los Llanos, su nuevo contraste a manos de Arredondo y su precipitada fuga. El relato adquiere elocuencia e intensidad dramática. Estimulada por un tema de épica grandeza la pluma de Sarmiento se vigoriza y exalta. El asunto lo entusiasma y conmueve: olvida por un momento sus prejuicios ideológicos y la pasión partidaria y hace el elogio de su enemigo. "Desde ese día principia el acto más heroico, más romanesco que las crónicas

de la montonera... recuerdan. Alguna cualidad verdaderamente grande debía de haber en el carácter de aquel viejo gaucho... Batido toda su vida en sus algaradas, derrotado esta vez en las Lomas, en las Playas, destruidas sus esperanzas de cooperación en Córdoba, San Luis, Catamarca y Mendoza, esperado a su regreso a los Llanos por Arredondo, su ecuanimidad no se abate un momento, y perseguido a ultranza huye, huye, huye siempre pero sin perder los estribos."

¿Cómo no admirar a ese viejo guerrillero que a despecho de todas sus derrotas pone a la defensiva a sus vencedores? Sarmiento refiere con lujo de detalles y patetismo las aflictivas circunstancias que se vivieron en San Juan al llegar la noticia de que el Chacho estaba en Caucete, la dramática espera de los auxilios de Irrazábal y el alivio con que recibió el parte sobre la sorpresa de Caucete, donde 1.200 hombres fueron desbaratados por una carga de caballería. Cuenta luego de la persecución que se ordenó contra los fugitivos y la captura del Chacho en Olta por el comandante Ricardo Vera. Justifica la ejecución del caudillo por Irrazábal y su degollación para poner su cabeza a la expectación pública "como es de forma la ejecución de los salteadores". Al respecto comenta Sarmiento: "Chacho, como jefe notorio de bandas de salteadores y como 'guerrilla', haciendo la guerra por su propia cuenta, murió en guerra de policía en donde fue aprehendido y su cabeza puesta en un poste en el teatro de sus fechorías. Esta es la ley y la forma tradicional de la ejecución del salteador". Omitió decir que el Chacho estaba ya rendido y sin armas en la mano: igualmente, que al iniciarse la guerra él había recomendado a Sandes no aplicar la pena de muerte sin intervención de consejo de guerra que diera lugar a la defensa del imputado. Pese a todo, él aprobó sin reservas la conducta de Irrazábal y le decretó honores y cuando una orden del día del ejército desaprobó la conducta de dicho jefe por la ejecución sin formas del Chacho, Sarmiento arguye su injusticia ya que dicho procedimiento se ajustaba a "las instrucciones reservadas y confidenciales" impartidas por el gobierno nacional. Con esto Sarmiento consideró haber justificado su conducta como director de la guerra contra el Chacho. No lo vieron así varios contemporáneos destacados tanto federales como liberales, entre éstos su comprovinciano Rawson, ministro del Interior cuando se desarrollaron esos trágicos acontecimientos. Más adelante veremos el juicio que los hechos merecieron a la historiografía posterior.

### 3. *Los epígonos de Sarmiento*

#### 1. ANTONIO ZINNY Y SU HISTORIA DE LOS GOBERNADORES

El autor nació en Gibraltar. Emigró a Buenos Aires, donde se radicó en 1842. Se dedicó al periodismo y la enseñanza. En 1866 se le confió la organización del archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores. Fue comisario del primer censo nacional de 1869 y dos años más tarde se le encomendó la tarea de organizar el archivo de la Universidad. Fue nombrado inspector general de escuelas, cargo donde se jubiló en 1883. Sus trabajos de investigación histórica son valiosos elementos de consulta. Interesa especialmente al objeto de nuestro estudio su *Historia de los Gobernadores de las Provincias Argentinas*, en cuyo tomo III, editado en 1882 se halla la relación histórica sobre La Rioja, p. 357/462.

Zinny más que un historiador es un erudito preocupado por la información y la búsqueda de datos que le permitan cubrir el muy ambicioso tema elegido para su obra. A casi un siglo de distancia y, apreciando el desarrollo historiográfico producido en ese lapso, es justo encomiar la audacia investigativa de Antonio Zinny, su esfuerzo de precursor, que le permitió elaborar con todas las limitaciones y lagunas imaginables las crónicas provinciales. El intento era desproporcionado con las fuentes informativas disponibles y los recursos metodológicos de su época, pero aun así sirvió para poner el fundamento de la historiografía regional.

Desde el punto de vista heurístico la suya era una tarea gigantesca. Los archivos provinciales no estaban organizados y su documentación era desconocida. Ese estado de cosas persistía treinta años después cuando el P. Antonio Larrouy produjo sus informes sobre el estado de los archivos provinciales por encargo de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. En 1909, al referirse a los archivos de Córdoba y Tucumán, Larrouy estampó este juicio que pone de resalto el mérito de Zinny: "... hoy por hoy, las riquezas encerradas en los archivos argentinos son tan ignoradas, o poco menos, como las de otra clase ocultas en las entrañas de la tierra, y mientras subsista ese estado de cosas la historia argentina no se escribirá sino de una manera inexacta o muy incompleta".

Este antecedente es necesario para comprender las insuficiencias e imperfecciones del libro de Zinny. Aunque su autor no denuncia generalmente la procedencia de su información se advierte que ha ma-

nejado algunos documentos originales, que se ha valido mucho de las relaciones orales y que para ciertos hechos ha adoptado sin vacilar leyendas apropiadas para excitar la imaginación del lector en torno a la "barbarie" y la "crueldad" de los caudillos. Como no podía ser de otra manera, Zinny se maneja con el esquema sarmientino, cuya eficacia política estaba demostrada. En su crónica hay héroes y demonios. Si bien en determinados pasajes se muestra un narrador objetivo, enseguida trasluce sus prejuicios con juicios tendenciosos que no surgen lógicamente del contexto de su relato.

El plan adoptado para la exposición es bien rudimentario. Hacer una crónica lineal de los gobernadores riojanos desde 1810 hasta 1881, donde figuran comandantes de armas, tenientes, gobernadores titulares, delegados y de facto. Está precedida de una breve referencia a la empresa fundacional concebida por Blas Ponce "con fines lucrativos" y sostenida por el gobernador Juan Ramírez de Velasco. Con ese motivo incluye el acta de designación de cabildantes de la ciudad de Todos los Santos de la Nueva Rioja, decisión producida el 20 de mayo de 1591. Zinny aclara que dicha pieza le fue facilitada en copia por el señor Jaramillo, "único poseedor". Esto tuvo que ser así dada la destrucción de los Libros Capitulares. También reproduce la disposición adoptada por Blas Ponce, en su carácter de justicia mayor, el 27 de agosto de 1591, relativa al repartimiento de cuadras y solares a sus vecinos.

Los datos aportados sobre los primeros gobernadores son muy concisos. La información se hace más abundante cuando habla del teniente gobernador Francisco Javier de Brizuela y Doria (1814-1815). Reproduce las cifras del censo de población que dicho funcionario mandó levantar y que asignó a la provincia un total de 14.092 habitantes. Lamentablemente no indica la procedencia del documento. Una pesquisa posterior efectuada en el Archivo Histórico de Córdoba nos permitió saber que de ese padrón se confeccionaron tres ejemplares: uno fue enviado al gobernador-intendente de Córdoba, otro al gobierno nacional y el tercero quedó en La Rioja. Pero ninguno pudo ser hallado<sup>1</sup>.

Zinny destaca la ayuda que prestó La Rioja en hombres, pertrechos y cabalgaduras a los ejércitos de la Revolución durante los gobiernos

<sup>1</sup> ARMANDO RAÚL BAZÁN, *La Rioja en la época de la Independencia. Trabajos y Comunicaciones*, Nº 15. Universidad Nacional de La Plata, 1966.

de Brizuela y Doria y de su hijo Ramón. También consigna el episodio de los mineros aragoneses Lahite y Chavarría referido por Guillermo Dávila en la *Revista de Buenos Aires* (1868).

La ideología de Zinny se manifiesta en varios pasajes de su crónica. La enuncia por primera vez cuando habla del movimiento armado que encabezó Francisco Villafañe, por orden de Ortiz de Ocampo (1820) y que significó la destitución del teniente gobernador directorial Gregorio José González. Al respecto dice: "Este trastorno político fue el fruto de la criminal revolución de Arequito, llevada a cabo en nombre de la libertad, palabra simpática con que se embaucaba a las masas populares y que sólo favorecía a los caudillos ambiciosos a cuya cabeza se hallaba entonces el coronel Bustos" (p. 373). La frase es harto expresiva para comprender que Zinny no simpatiza con los movimientos federales y mucho menos con los caudillos, a quienes desdeña por "ambiciosos" y "embaucadores".

Cuando habla del conflicto suscitado entre la Sala de Representantes y el gobernador Nicolás Dávila (1823) hace una relación objetiva de su desarrollo que epilogó en la cesantía del gobernador (9 de marzo) y en su derrota militar a manos del comandante de los Llanos Juan Facundo Quiroga. Reconoce la conducta digna y respetuosa de Quiroga después del combate de "El Puesto".

Esa ecuanimidad desaparece cuando proporciona datos biográficos sobre la juventud de Quiroga, y el episodio de su enganche en el contingente que reunió en Mendoza el teniente coronel Manuel Corvalán para su incorporación al regimiento de Granaderos a Caballo (1812). Después de mencionar su estada en Buenos Aires, donde recibió instrucción militar, dice que Quiroga regresó a su provincia natal "de cuyos destinos fue, pocos años después, único árbitro y terrible azote de la República". Antes de exponer los hechos que justificarían semejante calificativo el autor anticipa su juicio global sobre el personaje. Más que un juicio hay que hablar propiamente de un "prejuicio", que tendrá reiteradas ocasiones de manifestar. Así nos dice: "tan maléfica era la intervención e influencia del general Quiroga en La Rioja entonces que sin su beneplácito nada podía existir".

En ningún momento trata de comprender al personaje ni de explicar las circunstancias políticas y sociales que daban al caudillo su gran ascendiente sobre el pueblo riojano. Para él, todo es fruto del terror que impone un hombre sanguinario. Esa imagen estereotipada

del caudillo que conmovió el poder del unitarismo lo lleva a incurrir en exageraciones románticas ya usadas por otros escritores para referirse al jefe bárbaro Atila: "Al solo nombre de Quiroga temblaban los pueblos del interior y bajo la planta de su caballo no volvía a crecer el pasto" (p. 381). Tampoco intenta un análisis de causas cuando refiere el enfrentamiento unitario-federal durante la reunión del Congreso de 1824. ¿Por qué los pueblos del interior resolvieron desobedecer al Congreso? Entiende que la autoridad del cuerpo debía ser intangible, aunque desvirtuara su misión con el dictado de leyes violatorias de la Ley Fundamental. Su explicación es simplista, casi pueril. Encomia el reconocimiento que Catamarca hizo de Rivadavia como presidente de la República, condena a los corifeos de la anarquía por su plan de desobediencia a las autoridades nacionales, pero nada dice del atropello institucional cometido por Lamadrid, en Tucumán, cuando derrocó al gobernador Javier López, actitud generadora de desconfianza hacia la política rivadaviana. Omite, además, el análisis de hechos que precipitaron el enfrentamiento armado: la designación de presidente de la Nación antes de la aprobación de la Constitución y el papel subalterno asignado a las provincias por el "régimen de Unidad".

Cuando refiere la gestión del gobernador José Patricio del Moral (1827-1829) incluye fantasías aterradoras que tienden a presentar a Facundo como una bestia inhumana. Cuenta los fusilamientos ordenados por el caudillo después de su derrota en La Tablada, por la ira que le produjeron los festejos que algunos de sus comprovincianos hicieron con motivo de la victoria del general Paz. Fue, sin duda, un rasgo de crueldad que empaña su trayectoria, pero una cosa es ordenar fusilamientos —aunque no puedan justificarse— y otra el castigo que, según Zinny, Quiroga tenía preparado contra el gobernador del Moral, traidor e inconsecuente con quien lo había empujado en el gobierno. La prueba de que Facundo no era una bestia sedienta de sangre, siempre implacable con sus enemigos y, que, por el contrario, sabía ser magnánimo con el adversario leal y aun con sus amigos desleales, la expone el propio Zinny al ocuparse del gobierno de Jacinto Rincón (1832-1834). Este hombre fue miembro de la Legislatura que sancionó después de Oncativo la famosa ley declarando proscritos y fuera del amparo de las leyes a Quiroga y José Benito Villafañe. Al cabo de dos años, derrotados los unitarios, Quiroga ha perdonado la ofensa y auspicia como gobernador a su acomodaticio detractor.

La narración que hace Zinny sobre la Coalición del Norte es incompleta, fragmentaria y confusa. Se consignan una serie de acciones militares: batallas, combates, refriegas, pero no se muestra con claridad la influencia que estos episodios bélicos tuvieron en el panorama general de la guerra. Tampoco puede seguirse con claridad la posición política de las facciones en pugna, dándose por sobreentendidas algunas circunstancias que es preciso desentrañar del contexto general del relato.

El proceso riojano desde la derrota de la Coalición hasta Caseros está contado en forma harto deficiente. En la sucesión de los gobiernos hay errores de cronología y el autor se maneja con noticias escasas y fragmentarias sobre las administraciones de Hipólito Tello (1841-1845), Vicente Mota (1845-1848) y Manuel Vicente Bustos (1848-1854). Cuando refiere la campaña antirrosista del coronel Angel Vicente Peñaloza, plan político que no percibe en su verdadera concepción, rescata episodios, datos y anécdotas en forma miscelánea. Da noticia sobre los combates de Illisca, Saquilán y el Leoncito que habrían registrado éxitos parciales de Peñaloza sobre las fuerzas de Nazario Benavidez. Hay error: investigaciones posteriores demuestran que fueron derrotas para Peñaloza. Respecto de esta campaña que se intentó combinar con la que Paz desarrollaba simultáneamente en Entre Ríos contra Echagüe, el cronista incurre en un anacronismo. Cuenta dos veces la misma historia: primero al referir los hechos notables ocurridos durante el gobierno de Hipólito Tello, como ocurrió efectivamente; la reitera al escribir sobre el gobierno de Vicente Mota (1845-1848), momento en que el caudillo llanista estaba asilado en San Juan bajo la protección de Benavidez. A propósito de esta campaña, que conmocionó las provincias del noroeste, tiene para Peñaloza conceptos elogiosos pese a los prejuicios manifestados anteriormente respecto de los jefes populares del interior. La explicación admisible es que Peñaloza fue aliado en esta campaña de los unitarios emigrados en Chile. Dice al respecto: "El coronel Peñaloza, valiente soldado, el rey de los Llanos... hizo en favor de la libertad un acto de arrojo digno de mencionarse..." El juicio es correcto.

Cuando estudia el gobierno de Manuel Vicente Bustos, reconoce que fue instalado en el poder gracias a una revolución encabezada por el Chacho pero no advierte la importancia decisiva de ese apoyo político-militar que permitió a Bustos sostenerse seis años en el gobier-

no, antes y después de la caída de Rosas. Sin negar la capacidad política de Bustos, su estabilidad en el cargo no fue el fruto de saber "imponerse a los caudillos, malos aprendices de Quiroga" sino de aliarse con ellos.

La resistencia de Peñaloza contra las invasiones de las fuerzas mitristas producidas después de Pavón es un proceso mal conocido por Zinny. Ignora hechos y situaciones y de ello deriva una interpretación equivocada y tendenciosa de ese movimiento de rebeldía federal. También desconoce los alcances del pronunciamiento federal de 1863 y su desarrollo fáctico. Ese proceso histórico singular queda mutilado por el esquema de la sucesión gubernativa adoptado por el cronista. Se advierten errores en la nómina y en los hechos que asocia a cada gobierno. Confunde el pronunciamiento de Peñaloza con la revolución de Felipe Varela contra Mitre de 1867. Y a propósito de Varela, es errónea su información sobre la batalla de Pozo de Vargas, 10 de abril de 1867. Atribuye a Pablo Irrazábal la victoria que obtuvo el general Antonino Taboada sobre el ejército de Varela. Cuesta entender este error considerando que Zinny escribe apenas 15 años después de los sucesos y pudo recabar testimonios autorizados sobre los mismos.

La parcialidad de Zinny tiene nueva exteriorización cuando justifica la continuada injerencia del coronel Arredondo en la política riojana, usando para ello a las tropas de línea y válido de su cargo de segundo jefe del ejército del interior. Su adhesión a la conducta de dicho militar-político lo lleva a criticar la medida de Marcos Paz, vicepresidente en ejercicio, relativa a la destitución de Arredondo. Omite decir que éste remitió una nota insolente al jefe del Poder Ejecutivo y que sus andanzas electorales en favor de la candidatura de Sarmiento tenían por escenario todo el interior, con el pretexto de comisiones militares.

La obra de Zinny tiene el mérito incuestionable de ser el primer intento de escribir una crónica política de La Rioja. Las lagunas, omisiones y errores de información son excusables —salvo en algunos casos— dado el incipiente estado de la historiografía argentina, primordialmente en punto al conocimiento de los archivos provinciales. Obra llena de prejuicios y de contradictorias valoraciones, ha sido utilizada más de lo debido por historiadores de época posterior que tenían la responsabilidad de mejorar y rectificar su información con el manejo de fuentes más abundantes y una encuesta crítica más rigurosa.

## 2. MARCELINO REYES Y SU BOSQUEJO HISTÓRICO DE LA PROVINCIA DE LA RIOJA (1900-1913)

Marcelino Reyes había nacido en Buenos Aires el 12 de junio de 1845. Estudió en el Colegio de San Carlos y se incorporó al ejército de línea en agosto de 1864. Fue destinado al Regimiento N° 1 de Caballería y sirviendo en dicho cuerpo participó en la Guerra del Paraguay. Estuvo presente en las batallas de Paso de la Patria, Estero Bellaco, Tuyutí y Boquerón, entre otras acciones. En enero de 1867 regresó al país con la división separada por Mitre para enfrentar las revoluciones federalistas de Saá y Felipe Varela. Producida la derrota de esos movimientos fue asignado a la guarnición de línea de La Rioja —febrero de 1868— cuando la provincia se debatía en las luchas entre taboadistas y arredondistas. Reyes se vio comprometido en esos hechos por su condición de subordinado del general Arredondo, activo sostenedor de la candidatura de Sarmiento. En la asonada del 14 de abril, promovida por Cesáreo Dávila, perdió el brazo izquierdo al hacer frente a los rebeldes. Más tarde estuvo entre los defensores de la ciudad cuando fue sitiada por la montonera de Sebastián Elizondo y Santos Guayama, en agosto de 1868. Bajo las órdenes del coronel Ricardo Vera hizo la campaña contra Santos Guayama, asistiendo al combate del Garabato donde dicho montonero fue derrotado.

Intervino en la batalla de Santa Rosa —7 de diciembre de 1874— donde Roca derrotó a las fuerzas rebeldes del general Arredondo. En 1880 colaboró en la revolución porteña de Carlos Tejedor contra el presidente Avellaneda. En su carrera militar recibió diversas condecoraciones y ascensos hasta ser promovido al grado de teniente coronel, en diciembre de 1875.

Marcelino Reyes actuó, también, en el campo de la política, el periodismo y la docencia. Fue profesor de historia argentina en el Colegio Nacional de La Rioja, dirigió varios periódicos como *La Propaganda*, *La Defensa* y *El Autonomista*.

Casó con la dama riojana Mercedes Vallejo, con quien tuvo 12 hijos, que por entronques familiares formaron una larga descendencia con destacada actuación en la vida riojana. Falleció en Buenos Aires, el 13 de marzo de 1905.

Su obra, *Bosquejo Histórico de la Provincia de La Rioja*, fue escrita en 1900. Algunos de sus capítulos se anticiparon en la *Revista*

*Nacional* pero fue publicada unitariamente como obra póstuma, en 1913, por su hijo el doctor Marcelino Reyes, con pie de imprenta en Buenos Aires, talleres gráficos de H. Cattáneo. Es un libro de 276 páginas.

Para estudiar el libro de Marcelino Reyes es menester tomar en consideración el origen del autor y las situaciones de su vida que plasmaron su personalidad y sus ideas. Como se ha visto, era porteño y desde muy joven perteneció al ejército de línea en cuyas filas peleó en la guerra del Paraguay y luego en la guerra represiva contra las fuerzas populares del interior. Vivió también la experiencia de un ejército de línea comprometido en las luchas políticas cuyo exponente más genuino fue Arredondo, su jefe en 1868 cuando fue destacado a la guarnición de La Rioja.

Como oficial porteño se vinculó socialmente con la clase riojana tradicional adicta a la política de Buenos Aires. Fue un hombre inquieto e ilustrado, aficionado a las lecturas históricas. La información que obtuvo leyendo a Zinny, Sarmiento, Vicente Fidel López y otros autores de filiación liberal, estuvo enriquecida con su actuación de más de treinta años en la política y con la tradición oral del grupo social que gobernó a La Rioja después del exterminio de los caudillos.

Su afición por la historia lo decidió a escribir su *Bosquejo Histórico de la provincia de La Rioja*, en cuyo prefacio escrito por su hijo se lee: "Con el objeto de contribuir al conocimiento de la historia de La Rioja, el autor escribió el año 1900 este *Bosquejo* con datos y documentos recogidos de fuentes verídicas, que constan en el archivo particular que conserva su familia, y con la relación hecha por personas de reconocida honorabilidad que presenciaron muchos de los episodios que se narran, y que, por su carácter de imparciales pueden dar fe; personas que han vivido muchas de ellas hasta hace poco como queda consignado en las páginas de la obra . . ."

Porteño por su cuna, liberal por sus ideas, soldado profesional, aficionado a la política y a las lecturas históricas, pudo saber del pasado riojano a través del dato vivo de la tradición oral. La importancia de esta fuente fue honestamente denunciada por su hijo Marcelino en el prefacio de la obra. También manejó documentos, algunos de los cuales son transcritos textualmente, y en cuanto a la bibliografía, su libro de cabecera fue notoriamente la crónica de Zinny, a la que en muchos pasajes repite textualmente. Pero Reyes no se limita a la

función de cronista: emite juicios y valoraciones sobre los hechos que estudia. Y al hacerlo exterioriza la profunda gravitación de las ideas expuestas por Sarmiento sobre la historia argentina. Si a esto agregamos que los testimonios orales que utiliza abundantemente provenían del sector social adicto a Buenos Aires y enemigo de los caudillos, se comprenderá que su versión de la historia riojana no es imparcial. A esto se suma la posición espiritual del autor, de signo aristocratizante, que lo hace mirar desdeñosamente los movimientos populares y la personalidad de los conductores que los lideraron. Para Reyes aquéllos fueron el producto de “masas incultas”, del “gauchaje guarango y torpe”.

Pese a sus prejuicios, exteriorizados en sus valoraciones y juicios, Reyes no es generalmente tendencioso en la crónica de los hechos. Esto resulta patente en varios pasajes de su obra: cuando relata por ejemplo el enfrentamiento de Juan Facundo Quiroga con el gobernador Nicolás Dávila. No oculta que éste debía el cargo al caudillo llanista, quien lo trajo del exilio. Explica en detalle el artero procedimiento de Dávila cuando pretendió apoderarse por sorpresa del armamento que Quiroga tenía en su campamento. Reconoce la actitud generosa de Facundo de no tomar represalias después de fracasar la tentativa. Refiere la desobediencia del gobernador ante la Legislatura cuando ésta le pidió explicaciones por haber abandonado la sede legal del gobierno para hacer aprestos militares en Chilecito. Califica de “atentado inaudito” el alzamiento de Dávila contra la Legislatura y la orden que impartió de hacer apresar a los diputados. No ignora la medida adoptada por la Sala que ordenó a Quiroga someter militarmente al gobernador destituido, mandato que fue cumplido por aquél con su victoria en el combate de “El Puesto” —28 de marzo de 1823—. Pero sobre las evidencias que expone, en el momento de las conclusiones Reyes se aferra a la ideología maniquea de “civilizados” y “bárbaros” acuñada por Sarmiento. Como corolario del proceso que ha narrado en forma objetiva asienta una conclusión hartamente postiza cuando dice: “Cuántas lágrimas vertidas y cuánta sangre derramada, se habría economizado en la República, si en el combate de «El Puesto» hubiera triunfado la causa de la civilización que defendía el gobernador Dávila y toda la parte culta e ilustrada de La Rioja, contra la barbarie de que era el general Quiroga su más genuino representante”.

Evidentemente, Reyes no simpatiza con las “masas incultas”, ni tampoco con los caudillos, a quienes presenta como personeros de la

"barbarie". A la luz de esta conceptualización, Quiroga es un personaje "terrible", "tan soberbio como bárbaro", que no tenía del gobierno organizado "ni las más remotas nociones". Este inventario de vicios y negativas cualidades no puede extrañarnos. Cuando Reyes escribía era la opinión consagrada en la historiografía argentina.

Ese patrón crítico es aplicado también a Tomás Brizuela, a quien reconoce como "uno de los jefes más prestigiosos de Quiroga". Cuando explica su actuación como director de la guerra en la Coalición del Norte, lo describe como un individuo torpe, "ebrio consuetudinario", "débil" e "irresoluto".

Habla con entusiasmo y hasta elogiosamente de Peñaloza cuando éste fue aliado de los unitarios. Lo considera como un "caudillo popularísimo entre las masas incultas de la provincia" y admite sin reservas su gran prestigio e influencia personal. Repite el juicio elogioso que Lamadrid emitió sobre su actuación en Rodeo del Medio. Al referirse a la campaña del Chacho contra Rosas de 1842-1843, sobre el noroeste y Cuyo, Reyes la conceptúa desde el punto de vista militar como "una operación de guerra", que lo recomienda como "valiente y emprendedor guerrillero", pero que tenía que fracasar porque carecía de elementos de apoyo pese a las "falsas inspiraciones sugeridas por los emigrados argentinos" a su jefe.

Muy distinto es el juicio que le merece el mismo personaje en la etapa posterior de su vida, cuando favoreció el encumbramiento de Manuel Vicente Bustos derrocando al gobernador Vicente Mota (1848). Contradictoriamente censura a Peñaloza y elogia a Bustos, aliado del caudillo, cuyos gobiernos sucesivos significaron "progreso y orden" para La Rioja. El valiente y patriota Peñaloza de un comienzo pasa a ser en tiempos de la Confederación, ya convertido en coronel mayor de la Nación, "un guaso ignorante, vicioso y apañador de bandidos". Parece obvio que esta oscilación del juicio crítico de Reyes está supeditada a sus preferencias políticas y simpatías personales. Mientras Peñaloza colaboró con los unitarios forzoso era reconocerle nobles cualidades. Caído Rosas, cuando adhirió al sistema federal y al presidente Urquiza, esas cualidades habríanse degradado para hacer emerger a un hombre distinto.

Felizmente hay en Reyes una honestidad esencial. Si bien es arbitrario y tendencioso en sus juicios no sucede lo mismo en su calidad de narrador. Expone los hechos tal como sucedieron o según la información accesible al autor. No oculta datos ni violenta la narración. Cuando

se refiere a la ocupación de La Rioja por Lamadrid, después de La Tablada, transcribe el testimonio sobre el saqueo de iglesias ejecutado por la división de su mando. Con la misma imparcialidad cuenta la destrucción del archivo provincial por el propio Lamadrid, en julio de 1841, hecatombe de papeles públicos decretada para fabricar cartuchos. Si bien no califica esa regresiva actitud, el autor, sensible al valor de los documentos, lamenta sus consecuencias: la destrucción de "documentos preciosos... que se conservaban desde la fundación de la ciudad por el general Ramírez de Velazco".

Su obra se cierra con el análisis de la campaña encabezada por Felipe Varela, en 1867, acerca de la cual suministra una minuciosa información, incluyendo las operaciones militares desarrolladas en el oeste riojano después de Pozo de Vargas hasta la expulsión del vencido en dicha batalla.

El *Bosquejo Histórico*... de Reyes adolece notoriamente de grandes lagunas informativas derivadas primordialmente de insuficiencia de fuentes. El largo período colonial que va desde la fundación de la ciudad —20 de mayo de 1591— hasta la Revolución de Mayo, es tratado muy ligeramente en unas pocas páginas, 21 sobre 276 que comprende la obra. A los documentos que Zinny aporta sobre la fundación, él agrega dos piezas de real interés: el acta de la fundación, donde consta la jurisdicción dada a la ciudad por su fundador, que fuera publicada por Guillermo San Román, en el Boletín del Instituto Geográfico Argentino, t. XIII, p. 28, y el plano con la distribución de solares a los vecinos y órdenes religiosas confeccionado en 1775 por fray José de la Gloria, procurador y notario del convento de Santo Domingo. Según la constancia puesta al pie por su autor, dicho plano fue tomado del original que existiera en el Cabildo, que coincide con el repartimiento hecho por Blas Ponce el 27 de agosto de 1591.

La muy sintética crónica sobre la vida riojana en la época colonial ha sido elaborada sin pesquisas documentales, utilizando la información de algunos cronistas como Guevara y Lozano, sólo fragmentariamente. En reiteradas ocasiones patentiza su juicio adverso a los conquistadores españoles, comenzando por el propio fundador Ramírez de Velazco, a quien censura su "fanatismo religioso" por el nombre de "Todos los Santos" que dio a la ciudad. Tampoco simpatiza con los jesuitas. Pese a reconocer que en el colegio de dicha orden se impartió desde 1624 enseñanza primaria y secundaria a los hijos de los vecinos, conceptúa que dichos religiosos fueron simples "domesticadores" de los

indios convertidos al cristianismo pero no fueron verdaderos “civilizadores”. Su expulsión decretada en 1767 da motivo para que Reyes elogie el reinado de Carlos III, “ilustrado, liberal y progresista”.

Sus prejuicios sobre el conquistador español y su anticlericalismo no pueden sorprendernos. La hispanofobia fue el sentimiento que nutrió las páginas de la literatura criolla posrevolucionaria y la actitud anticlerical fue la moda impuesta por el positivismo finisecular. Ambos prejuicios están presentes de modo superlativo en Sarmiento, cuyas ideas suscribe sin reservas.

Con todos sus errores y limitaciones de carácter heurístico y hermenéutico, el *Bosquejo Histórico de la Provincia de La Rioja* tiene el mérito de ser el primer intento de componer una verdadera historia política provincial, superando el marco de la crónica de gobernadores de Zinny y las noticias y estampas sobre temas particulares abordados hasta ese momento —1900— por los autores riojanos. El libro documenta con propiedad una etapa de la historiografía argentina, en la cual el estudio de lo regional era verdaderamente obra de precursores.

### 3. CARLOS M. URIEN. QUIROGA. ESTUDIO HISTÓRICO CONSTITUCIONAL (1907)

Nació en Buenos Aires en 1855. Hizo los estudios universitarios en su ciudad natal, graduándose como doctor en leyes en 1880 con una tesis sobre los fletamentos. Ejerció su profesión y la docencia en establecimientos de enseñanza secundaria. Escribió varios trabajos históricos y geográficos. Fue miembro de la Junta de Historia y Numismática fundada por Mitre y perteneció también a la Real Academia de Jurisprudencia. Falleció en 1921.

La publicación por David Peña de su libro sobre Juan Facundo Quiroga sonó como una blasfemia para la ideología dominante en los cenáculos intelectuales y el periodismo. Jorge Mitre, desde las columnas de *La Nación* dijo: “Deploramos la perniciosa enseñanza que puede inculcar en el espíritu desprevenido del pueblo, la representación de esta obra, sutil y talentosa, pero profundamente falsa”.

Pero no bastó con eso. La irritación que la obra produjo en los sostenedores de la historiografía liberal reclamaba la publicación de otro libro para refutarlo. Y éste fue el empeño de Carlos M. Urien, quien, en las palabras introductorias confiesa que es un “libro improvisado”, escrito “en el breve espacio de tres meses”. ¿Cuál es la razón

del apremio? Que no sea extemporánea la refutación de las afirmaciones y juicios contenidos en la obra de Peña. Esto lo dice Urien, en diciembre de 1906, cuando prologa su trabajo en el mismo año de la publicación de aquélla.

El sentido del libro, inequívocamente, está definido en el proemio: "la actuación del famoso caudillo, no puede tener rehabilitación..." ¿Conclusión o prejuicio? Según el criterio de Urien la historia imparcial y exacta ha sido escrita por Sarmento, "finísimo observador de los sucesos" que estudió al personaje "con todas las luces y las sombras que lo acompañan". Esto basta para comprender el sentido de la historia que anima a Urien: la aceptación dogmática como obra imparcial y de rigor científico de un libro escrito con propósitos de "acción inmediata y militante", según la confesión de su propio autor. El sanjuanino seguía demostrando más sentido crítico que sus pígonos.

Si la verdad histórica reposaba en Sarmiento nada mejor para refutar a David Peña que reeditar el *Facundo* y desistir del intento de una nueva biografía. Pese a ello, Urien lo acomete. Desde el punto de vista heurístico su obra no contiene ningún aporte novedoso. Utiliza una bibliografía restringida y en ella espiga cuidadosamente los hechos y juicios que echan sombras sobre la personalidad de Quiroga. Es un inventario tribunalicio de acusaciones que demostrarían en el caudillo su ausencia de sentido de patria, su crueldad sin límites, su apetito de poder y riquezas a costa del sufrimiento y del saqueo de los pueblos sometidos, su desprecio por los gobiernos desempeñados por la gente culta y su traición a los Dávila, quienes lo habrían encumbrado en su poder militar como comandante de campaña.

Utiliza escasos documentos y tampoco los aprovecha debidamente. En el apéndice incluye la carta dirigida por el general Quiroga a Paz, en vísperas de la batalla de Oncativo, demostrando falta de capacidad para la valoración de este documento clave en el proceso de nuestras guerras civiles. Para Urien se trata sólo de "un documento curioso", indicativo de la insolencia del caudillo al dirigirse a "un jefe de la importancia del general Paz". Interpretación realmente lamentable según la crítica histórica.

La reconstrucción biográfica de la trayectoria de Quiroga no es completa. La narración se inicia con el episodio de la conspiración de los prisioneros realistas en la cárcel de San Luis. Urien quiere probar las exageraciones de Peña al valorar la actuación que cupo a

Quiroga en ese incidente y que contribuyó a desbaratar la intentona. Contrapone su figura a la de Pringles, que intervino también en la represión, exaltando al puntano. Destaca los diferentes destinos que ambos eligieron después de ese día. Pringles inicia "esa carrera que fue una cadena de sacrificios en pro de la independencia de América y de la defensa de la organización constitucional de su patria". Facundo "no lo imita... la preocupación de patria para él no es nada". ¿Su propósito? Conducir a la horda al saqueo y a la matanza.

La información sobre la actuación de Quiroga frente a la sublevación del Regimiento N° 1 de los Andes es confusa y deficiente. También ignora el autor la decisiva influencia del comandante de los Llanos para poner a Nicolás Dávila en el gobierno riojano, rescatándolo del destierro a que lo habían condenado sus enemigos, los Ocampo. La batalla de El Puesto, desfigurada en sus motivaciones, lo lleva a repetir textualmente el juicio emitido por Marcelino Reyes, publicado por éste en la *Revista Nacional*.

Cuando se refiere a la oposición de Quiroga a los proyectos de Rivadavia para la explotación de las minas de Famatina por una sociedad de capitales ingleses, conceptúa que ello obedeció a un equivocado sentido del federalismo y a la defensa de un interés particular en perjuicio de la nación. Con este motivo habla despectivamente de La Rioja, "provincia sin hombres ni recursos", la llama. Esto no le impide reconocer, más adelante, que después del triunfo de Quiroga sobre Lamadrid en la batalla de Rincón, su dominio fue incontestable en San Luis, Catamarca, La Rioja y Tucumán. Olvida decir que también estaban en su órbita de influencia San Juan y Mendoza. No profundiza el análisis para explicar cómo semejante provincia pudo lograr ese resultado bajo la dirección de su caudillo.

La única cualidad positiva que Urien reconoce al riojano es la "rapidez maravillosa" de sus operaciones militares. Lo dice al mencionar sus preparativos bélicos después de las derrotas de La Tablada y Oncativo y cuando la prisión de Paz ha dado un giro distinto a la suerte de la guerra civil. Y no puede negar tampoco su ascendiente sobre las poblaciones, las que al saber del regreso de Quiroga con el ejército que está formando "acudirán a su llamado a la primera orden, decididos o medrosos".

Describe minuciosamente las circunstancias que rodearon el fusilamiento de los prisioneros en Mendoza, después de vencer a Videla

Castillo en Rodeo de Chacón, acto que según Peña significó para Quiroga motivo de constante arrepentimiento. Pero nada dice de su hidalga actitud con el general Rudecindo Alvarado, gobernador de la provincia en ese momento.

Su relato sobre la batalla de La Ciudadela se apoya casi exclusivamente en el testimonio de Lamadrid, cuya figura exalta con los adjetivos más encomiásticos: "imagen del valor y del heroísmo vencido, digno del cuadro y del cincel". Lo compara con el mariscal Ney en Waterloo.

El autor refiere la indignación y el estupor que causó en Buenos Aires, en 1877, la erección del monumento fúnebre en la Recoleta por los descendientes de Facundo y, sobre todo, la inscripción grabada en su tumba que dice: "Aquí yace el general / JUAN FACUNDO QUIROGA / Luchó toda su vida / por la organización federal de la República. / La historia imparcial pero severa / le hará la justicia que se merece / alguna vez". La sociedad culta y muchos bien pensantes se rasgaron las vestiduras ante el piadoso homenaje fúnebre. Urien estuvo entre ellos, y por eso pretendió descalificar la osadía de David Peña que veintinueve años después quiso revisar "lo que a la luz de los antecedentes y documentos es, hasta el presente, el fallo definitivo". Desvanecidos los estímulos que incitaron a Urien a escribir este libro, silenciadas las indignaciones momentáneas, no cabe duda de que quien fue capaz de escribir semejante frase se descalifica a sí mismo como historiador. En la historia, como en toda ciencia, los "fallos definitivos" no existen, y quienes creen en ellos clausuran para sí mismos la posibilidad de la renovación intelectual y del progreso del conocimiento.

#### 4. RAMÓN J. CÁRCANO (1931)

Figura destacada de la política y cultura argentinas. Nació en Córdoba el 18 de abril de 1860. Se graduó como doctor en derecho en la secular universidad de Trejo con una tesis que causó gran revuelo por la audacia de sus proposiciones en torno a la condición jurídica de los hijos naturales, incestuosos y adulterinos. Era miembro de la joven generación del 80 adherida con entusiasmo a las ideas del positivismo. Colaboró con el presidente Juárez Celman como director nacional de Correos y fue su candidato de confianza para sucederle en el cargo, propósito que se frustró por el proceso político que epilogara con la revolución del 90. Tiempo después, maduro en años y experiencia, fue

gobernador de Córdoba en dos períodos constitucionales, diputado nacional y embajador en el Brasil.

Produjo importantes trabajos históricos: *De Caseros al 11 de Setiembre*; *Del Sitio de Buenos Aires al Campo de Cepedá*; *La Guerra del Paraguay, sus orígenes y sus causas*, y *Juan Facundo Quiroga. Simulación. Infidencia. Tragedia*, Roldán editor, Buenos Aires, 1931. Este libro obtuvo el primer premio nacional de letras correspondiente a 1931 y es el que nos interesa para el objeto que nos hemos propuesto en nuestro trabajo.

No es una biografía integral de Juan Facundo Quiroga. El autor ubica los hechos a partir de 1832, cuando Juan Manuel de Rosas rehúsa la gobernación de Buenos Aires y concibe el proyecto de la expedición al desierto. El partido unitario ha sido vencido y la república "hállase tranquila, bajo la mano férrea de sus grandes caudillos: Rosas y López en el Litoral, Quiroga en las provincias, los tres 'compañeros', como ellos se llaman familiarmente". El plan de Rosas es la ocupación militar del desierto y "acabar con todos los indios". Pero, a juicio del autor, el plan no confesado es constituirse en jefe indiscutido del país. Cárcano explica cómo para conseguir ese objetivo halaga la vanidad de Quiroga ofreciéndole el comando en jefe "de las fuerzas confederadas". Según el acuerdo establecido, Rosas tendría a su mando la división de la Izquierda, para afianzar la frontera con el indio sobre la línea de los ríos Colorado y Negro; la división del centro, al mando del general Ruiz Huidobro, integrada por tropas de Quiroga —Auxiliares de los Andes— y milicias de Córdoba y San Luis; la división de la Derecha, conducida por Félix Aldao, debía operar en la región andina, pasar los ríos Diamante y Atuel e incorporarse a Rosas en Neuquén. Estas dos últimas operarían bajo las órdenes de Quiroga, como general en jefe.

Con el aporte de documentación inédita, Cárcano trata específicamente las operaciones de la división Ruiz Huidobro sobre el país de los ranqueles, en el territorio de la actual provincia de La Pampa. Refiere el combate de Las Acollaradas, donde dichas fuerzas derrotaron al cacique Yanquetruz, y los problemas e intrigas que impidieron a Ruiz Huidobro continuar su avance.

Según el juicio del autor, Rosas, con su fuerza y tacto político, obtiene una dictadura legal y discrecional. Lo expresa con una metáfora de cuño romántico: "Los generales Quiroga y López son sus corceles de guerra, cuyas bridas conduce con destreza".

Recapitula la vida de Quiroga en Buenos Aires después de la derrota de Oncativo —febrero de 1830—. Se refiere a su origen familiar y a su educación repitiendo los dichos de Sarmiento. “Nacido en cierta holgura, de familia principal, donde los más pudientes viven de su chacra o huerta —ignora la economía esencialmente pastoril de los Llanos— limita su instrucción a la escuela primaria”. Reitera la visión montaraz y rudimentaria que el *Facundo* trasmite sobre la juventud del caudillo. Cuando caracteriza su carrera política y militar el autor perfila con diestro trazo literario pero no siempre con rigor histórico una imagen sintética de la misma. “Manda tropas, libra batallas, fusila prisioneros, saquea ciudades, impone gobernadores y asegura su dominio discrecional en el Norte, Interior y Cuyo, nueve provincias que se mueven como un resorte a la presión de su mano.”

¿Cuál es el método de dominación de Quiroga? “Su sistema era el despojo más violento y descarado, el más inhumano e inicuo. Tantas talegas o la muerte en el breve plazo de horas o pocos días.” Se repite la versión de la “leyenda aterradora” dada por Sarmiento y denunciada por David Peña veinticinco años antes de la publicación de este libro. En el juicio de Cárcano no hay concesiones ni matices: Quiroga hizo la política del terror en toda la extensión de la palabra: no respetó vidas ni propiedades; su idea de gobierno es la muerte y la confiscación. Sostiene que ningún concepto rescatable hay en sus manifiestos, proclamas y cartas, documentos que defraudan “por la extraordinaria pobreza de sus escritos”. Reconoce, sin embargo, la libertad de opinión de Quiroga cuando habla de constituir la Nación, en su trato con los unitarios durante su estada en Buenos Aires y en los juicios que emite “que nadie se atreve a pronunciar” porque contradicen el sentir de Rosas.

No obstante su origen provinciano, el autor habla peyorativamente de las provincias del interior por contraste con la admiración que siente por Buenos Aires, cuya “riqueza y cultura” habrían sometido el ánimo del caudillo riojano. Sugiere que su concordancia con los planes de Rosas le habría sido dictada por su convicción de que su destino político sin ese entendimiento “sería vegetar en el gobierno personal de alguna provincia oscura o levantar el trapo de alguna guerra fraticida y haraposa”.

Contrapone la figura de López a la de Quiroga, donde el santafesino sale ganancioso en el paralelo en mérito a su falta de crueldad, su preocupación por los intereses de su pueblo y la prudencia y generosidad de su patriarcado político.

Cuando analiza la cuestión relativa al fracaso del proyecto federal denota su certidumbre de que esa frustración, a fines de 1834, fue debida a los propios campeones de la causa federal. El federalismo, pese a existir como sentimiento "íntimo y profundo de la nación", no fue tutelado por una conducción orgánica. Rosas era un "seudo federal" que explotaba el principio pero resistía la organización del sistema; López estaba sinceramente convencido de la necesidad de constituir a la Nación bajo ese sistema, pero no contó en el momento oportuno con el apoyo de Quiroga, quien cometió la infidencia de hacer conocer a Rosas la carta que le dirigiera el santafesino donde éste le confesaba la decepción que había producido en su ánimo la actitud del gobernador de Buenos Aires, contraria a la idea de constituir el país.

El gran aporte informativo de Cárcano está relacionado con la conjura de los Reinafé que condujo al asesinato de Quiroga. Maneja documentación inédita del Archivo Histórico de Córdoba y del Archivo General de la Nación. Ahí relata todo el plan concebido por Francisco Reinafé y apoyado por sus hermanos José Vicente —gobernador de Córdoba—, José Antonio y Guillermo. La motivación profunda es el odio que sienten por Quiroga y la obsesión de creer que intentará una revolución para apoderarse de la provincia. Creen que de consumarse el hecho tendrán la aprobación de López y de todos los gobiernos provinciales menos el de Buenos Aires. El autor exime al gobernador santafesino de toda responsabilidad pero insinúa que el plan pudo ser consentido por su ministro Cullen.

Todas las previsiones y pasos concretados para su ejecución son minuciosamente relatados por Cárcano. Una primera tentativa fracasa en el viaje de ida de Juan Facundo Quiroga al norte, a fines de diciembre de 1834, pero se ejecutará a su regreso por el capitán Santos Pérez, hombre decidido subordinado al comandante de la campaña norte, Guillermo Reinafé. El lugar escogido es el paraje de Barranca Yaco. Las instrucciones aprobadas por el clan Reinafé dicen: "Matará Vd. no sólo al general Quiroga y toda su comitiva, sino también a cualquier persona que pasase por aquel lugar en el momento de la ejecución." Santos Pérez ejecutó sus instrucciones con la mayor reserva. Ninguno de los 32 hombres de su partida conoce la naturaleza de la misión. La dramática escena del mediodía del 16 de febrero de 1835 está narrada con propiedad.

El libro examina luego el proceso a los Reinafé y sus cómplices por un suceso que "causa asombro y profunda indignación en todo

el país . . .” El 27 de mayo de 1837, Rosas, como juez delegado de las provincias, firma la sentencia. Condena como verdaderos autores del crimen a José Vicente, Francisco —en ausencia—, José Antonio y Guillermo Reinafé. Igual destino sufre Santos Pérez y diez hombres de su partida. La sentencia se ejecuta el 25 de octubre con excepción de José Antonio, muerto algunas semanas antes en la cárcel, y Francisco Reinafé, que nunca pudo ser aprehendido.

Este sombrío drama es el epílogo de un proceso político que incuba frustraciones y también un hecho positivo. Entre las primeras cuenta el fracaso de organizar el país que vibra en el sentimiento nacional ahogado por el egoísmo de Rosas, aferrado a su dictadura; también se inscribe en ellas la fracasada conquista del desierto, “por el golpe inicuo de las ambiciones menguadas”. Pero ese retardo de la constitución de la república sirve para consolidar la unidad de la nación, no por el camino de las instituciones sino del despotismo. En tal sentido, concluye, los años de la prepotencia de los tres “compañeros” —Rosas, Quiroga y López— no son estériles para fecundar la organización nacional.

*Juicio de la obra.* El libro de Cárcano es la última sentencia dictada por la historiografía liberal en contra de la personalidad de Juan Facundo Quiroga. La visión del personaje no es original; reproduce un estereotipo acuñado por Sarmiento casi un siglo antes. En este sentido llama la atención que un historiador culto como Ramón J. Cárcano haya prescindido para su valoración del hombre de las atinadas reflexiones que Valentín Alsina hiciera a Sarmiento después de publicar éste la primera edición de su *Facundo*. El retrato está cargado de tintas sombrías: “Todas las malas pasiones” dominan al caudillo riojano. Su autor ignora los rasgos de generosidad de Quiroga, su innata sinceridad y su respeto por los adversarios dignos y valientes. En ello jugaron sin duda sus prejuicios, pero también su falta de información. Respecto de los años juveniles y de la etapa de su ascenso político no hay ninguna información original. ¿Por qué surgió Quiroga? Esta es una pregunta fundamental que el historiador no se formula.

Más llamativo es todavía el juicio de Cárcano sobre la carencia total de ideas en los caudillos, apreciación que está dirigida a Quiroga pero también a sus “compañeros” Rosas y López. No parece haber leído la carta que el primero dirigió a Paz, en vísperas de Oncativo, manifestando su interpretación de la guerra civil argentina y su voluntad de defender la autodeterminación de las provincias interiores que

querían ser dominadas a fuerza de bayonetas por un ejército formado para defender el honor nacional. En ese documento, uno de los más vigorosos de nuestras luchas civiles, el caudillo riojano expresó su convencimiento de que una paz segura sólo podía obtenerse mediante la organización constitucional del país.

El libro tiene méritos que deben ser destacados. En orden al avance del conocimiento histórico contiene una prolija crónica de las operaciones de la División del Centro, en la expedición al desierto organizada por Rosas. Su autor utiliza valiosa documentación inédita del Archivo Histórico de Córdoba. Explica, muy bien, la naturaleza de las relaciones de López con los Reinafé y el tipo de gobierno que este clan familiar ejercía en la provincia de Córdoba. El plan del asesinato de Quiroga, sus antecedentes y ejecución, brindan tema para una apasionante narración donde la realidad histórica abrevada en fuentes y testimonios tiene mayor interés que una novela de ficción. En esta parte, Cárcano demuestra su oficio de historiador y su destreza literaria. Hay una justa apreciación de responsabilidades respecto de la autoría del plan. Sobreponiéndose a su profunda antipatía por Juan Manuel de Rosas el autor lo exime de toda responsabilidad a la luz del resultado de su pesquisa. Hace lo propio con Estanislao López. Abriga la certeza de que el plan fue fruto de las maquinaciones de los Reinafé, que al paso que desahogaban su rencor personal contra Quiroga cometieron la trágica equivocación de creer que la muerte del caudillo riojano tendría la aprobación de todos los gobiernos "menos el de Buenos Aires". Si alguien pudo conocer el plan y darle su aprobación ése fue Cullen, influyente ministro de López. Esta es una probabilidad que Cárcano maneja basado en presunciones pero no en pruebas documentales: la idea fue concebida por el coronel Francisco Reinafé y manifestada a sus hermanos después de un viaje a Santa Fe. Conociendo el grado de dependencia que el gobierno cordobés tenía respecto de la situación política santafesina y la circunstancia del viaje del comandante Reinafé a la vecina provincia, la presunción es verosímil. Pero cabe preguntarse: ¿es lógico admitir que en problema de semejante gravedad el ministro Cullen haya procedido a espaldas del gobernador López? Es asunto que queda por averiguar.

Cuando Cárcano indaga los motivos que hicieron fracasar la organización constitucional del país en una etapa de cuatro años (1831-1835) en que la conducción política estuvo en manos de Rosas, Quiroga y López, llega a una conclusión que sigue siendo persuasiva.

Rosas no la quería; Quiroga —que había luchado por ella— contradictoriamente secundó la política dilatoria del gobernador de Buenos Aires de considerarla “deseable pero inoportuna”; López, pese a reclamarla con insistencia, según las estipulaciones del Pacto Federal, carece de poder político suficiente para concretarla. La cuestión tiene muchos entretelones: algunos son analizados por Cárcano, otros quedarían para pesquisas posteriores. Pero, en sustancia, la conclusión del autor es objetiva y coherente con la documentación existente.

Materia más opinable y abierta a la controversia es la otra cuestión atinente a si la dictadura de Rosas retardó la constitución de la República pero aseguró su futuro y preservó la unidad política de la Nación. El juicio de Cárcano es afirmativo, quien entiende que esa unidad política sostenida por la fuerza y no por las instituciones preparó a Caseros y trajo a Pavón como desenlace del proceso. La idea de un “seudo federal” como Rosas sería realizada por sus adversarios políticos cuando afirmaron la hegemonía de Buenos Aires sobre el resto del país.

##### 5. DAVID PEÑA Y LA REFUTACIÓN DEL ESQUEMA SARMIENTINO

David Peña pertenecía a la misma generación de Carlos M. Urien y Ramón J. Cárcano. También como ellos fue miembro de la Junta de Historia y Numismática, fundada por Mitre; adquirió su formación intelectual en los institutos de enseñanza donde se formó la clase dirigente de su tiempo. Pero se diferenció de la mayoría de sus coetáneos por sus ideas históricas. Vio el pasado de su patria con una óptica distinta y tuvo la valentía de manifestarlo enfrentando los juicios consagrados por las corrientes dominantes en los centros universitarios, el periodismo y el ambiente historiográfico. Esa autonomía de juicio crítico fue denotada, entre otros estudios, en su libro sobre Juan Facundo Quiroga donde reunió las clases que dictó en la Universidad Nacional de Buenos Aires en el año académico de 1903.

Había nacido en Rosario en 1862. Estudiaba derecho en la Universidad de Buenos Aires cuando realizando una vocación política resolvió acompañar al doctor Bernardo de Irigoyen en su campaña presidencial. Por esos años tuvo también una intensa actividad periodística colaborando en *El Nacional*, *La Libertad* y el *Sudamérica*. Volvió a su provincia, donde fundó y dirigió diarios y se mezcló activamente en política. Fue diputado y convencional constituyente en 1889. Todo esto demoró su doctorado que obtuvo en 1894. A fines de siglo se

radicó definitivamente en Buenos Aires, donde alternó el ejercicio de la abogacía con la cátedra y el periodismo. Fue profesor en las universidades de Buenos Aires y La Plata. Sus conferencias en la facultad sobre Juan Facundo Quiroga, en 1903, conmocionaron el ambiente intelectual porteño y fueron la base de su libro sobre el caudillo riojano editado en 1906. Luego vinieron otros trabajos históricos sobre Marco Manuel Avellaneda (1909), Alberdi (1911), Vicente Fidel López (1915) y Nicolás Avellaneda (1917). David Peña falleció en Buenos Aires, el 9 de abril de 1930.

Como se dijo, el libro de David Peña —que sería objeto de numerosas reediciones— es la compilación de conferencias dadas en 1903, en la Facultad de Filosofía y Letras. La primera edición fue hecha en 1906 y tres años más tarde la obra llegaba a su cuarta edición, índice del interés excepcional que despertó.

En el Prólogo, su autor desarrolla su interpretación de la historia argentina y expone el sentido reivindicatorio de la obra. “Estas páginas aspiran a ser la vindicación de una personalidad simpática y grandiosa, velada hasta hoy en el claroscuro de una leyenda aterradora.” Y más adelante, agrega: “Debía comenzar, al ocuparme de Juan Facundo Quiroga, por detenerme ante el único libro a él consagrado; libro de infinita belleza literaria y amparado por un nombre glorioso; ya inmortal. Más, mi intento de demostrar su falsa contextura, su perniciosa influencia como obra de historia, no podía ser sino accesorio. El principal objeto, repito, llevábame a la presentación de una vida toda entera, y, a las veces, asomarme hasta el fondo de aquella época...”

Conceptúa que Rivadavia y Quiroga simbolizan a las fuerzas político-sociales que protagonizaron la época de nuestras luchas civiles hasta la dictadura: Buenos Aires y las provincias; el centralismo y el federalismo; “la civilización y la barbarie”, como ha querido decirlo Sarmiento.

“Con esos hombres comienza el definitivo sentido que hoy tiene la República en sus instituciones y rasgos, aunque la pasión contemporánea elevara a don Bernardino a la cima de las perfecciones y hundiera a Facundo en la sima del odio; la conjunción de ambas figuras me da, con todo, la patria.”

En el aspecto heurístico, Peña utiliza toda la bibliografía que aporta algún antecedente sobre el tema, usando provechosamente para el esclarecimiento del personaje las *Notas al Facundo* escritas por Va-

lentín Alsina en 1850 y publicadas recién en 1901 por Estanislao Zevallos en la *Revista de Derecho, Historia y Letras*. Esas notas, que son observaciones críticas no utilizadas por Sarmiento en las posteriores ediciones de su difundida obra, responden a un sentido imparcial de la historia sorprendente en un unitario de vieja militancia. “Usted —le decía a Sarmiento— no se propone escribir un romance, ni una epopeya, sino una verdadera historia social, política y hasta militar a veces, de un período interesantísimo de la época contemporánea. Siendo así, forzoso es no separarse en un ápice, en cuanto sea posible, de la exactitud y rigidez histórica; y a esto se oponen las exageraciones.”

También ha leído con detenimiento los periódicos de la época, tanto los de Buenos Aires como algunos que aparecían en las provincias. Ha revisado colecciones documentales inéditas y tuvo acceso, gracias a la gentileza de los descendientes, a los papeles del archivo de Quiroga, cuya publicación inició medio siglo después la Facultad de Filosofía y Letras y aún permanece inconclusa. En síntesis, puede decirse que la etapa heurística ha sido resuelta por David Peña con un rigor ejemplar para su época.

¿Cómo aprovechó esos materiales? La biografía de Peña es el más bello libro que se ha escrito sobre el célebre y apasionante caudillo. Pese al estilo oratorio que campea en sus lecciones, la belleza formal y a veces la ampulosidad romántica de sus logradas metáforas no deprimen su actitud crítica, indagadora, frente a los hechos y circunstancias que examina. Sus juicios son el fruto de una ponderada hermenéutica de la documentación y confronta —cuando es necesario— lo que dicen los protagonistas a través de sus escritos con su comportamiento ante los sucesos anteriores y posteriores.

Llega en su análisis al fondo del alma de Quiroga, en quien descubre su “ingénita sinceridad”, su patriotismo, el culto que hace del coraje, su respeto por el adversario digno y su piedad para con el vencido, sus ocasionales extravíos —el fusilamiento de prisioneros en Mendoza—. Y muestra cómo le obsede el problema de la organización constitucional de la república bajo la forma federativa, que explaya con segura determinación en la carta que dirige al general Paz en vísperas de la batalla de Oncativo. Señala cómo en ese punto discrepa con Rosas, quien si bien no contraría abiertamente sus propósitos difería la tarea para “el momento oportuno”. ¿Cuándo llegaría esa oportunidad?, se pregunta el autor. Y la contestación la da el propio Rosas en sus escritos: hasta que los pueblos se acostumbren “a la obediencia y al respeto de los

gobiernos”, dice en 1830. “Hasta tanto reparen sus males y calmen sus pasiones”, agrega en 1832; “tan luego como las provincias estuviesen en paz”, aduce en 1834, poco antes de la misión pacificadora de Quiroga al Norte.

Puntualiza cómo ese problema formaba parte del cometido de Quiroga ante Heredia e Ibarra y las autoridades salteñas y sugiere que la idea subyace en los términos del tratado del 6 de febrero de 1835, donde el gobierno de Tucumán queda facultado para dirigirse en nombre de los tres pactantes a los demás de la república para que adhiriesen a él si lo reputaban interesante “al bien nacional”. Dicho tratado, desautorizado por Rosas no bien conoció sus términos —en carta a Ibarra— contenía, a juicio de Peña, el pensamiento de una liga del interior opuesta a las provincias litorales que suscribieron el Pacto de 1831. Era la respuesta a las pretensiones de López de monopolizar la iniciativa de la organización nacional bajo el sistema federal y a los designios de Rosas de postergarla.

Basado en tales antecedentes el autor concluye suscribiendo el juicio de Vicente Fidel López, en el sentido de que de no haber muerto en 1835, a los 47 años de edad, Quiroga habría llegado a fundar la organización de la república.

Cuando analiza la cuestión relativa a la responsabilidad por su asesinato, Peña pasa revista a todas las opiniones que se vertieron sobre la cuestión: el ofrecimiento de Urquiza a Facundo Quiroga (hijo) para ponerlo en posesión de las pruebas que delataban a Rosas como autor de la resolución; las *Notas* de Valentín Alsina, de 1850, en igual sentido; Rivera Indarte; Joaquín V. González; Mansilla —cuñado de Rosas— y Zinny, quien reconoce que la creencia general condena a Rosas aunque en su opinión no tuvo participación alguna; la de un hijo de Ibarra, quien afirma haber encontrado entre los papeles de su padre la prueba inequívoca de que fue López quien mandó matar a Quiroga; Mariano Pelliza, según el cual dicha tragedia fue para Rosas un hecho fuera de toda previsión; Saldías, quien pasa revista a los fundamentos más serios en favor de la inculpabilidad de aquél; Vicente Fidel López, quien arriba a la conclusión de que si López autorizó la muerte bajo la sugestión diabólica de su ministro Cullen, y los Reinafé la ejecutaron, Rosas fue quien les proporcionó con todo conocimiento la ocasión segura de llevarla a cabo.

Refiere las alegaciones del propio Rosas sobre esta espinosa cuestión. Su carta a Federico Terrero, fechada en Southampton el 6 de

marzo de 1870: "Dicen también ordené el asesinato del Ilustre general Quiroga. ¿Lo han probado?" El gesto de Rosas de obsequiar a los sobrinos con una litografía con el retrato de Quiroga, diciéndoles: "Tome este retrato, sobrino; es de un amigo que los salvajes unitarios dicen que yo he mandado matar". Reconoce que en el proceso formado a los responsables de Barranca Yaco ninguno de ellos intentó descargar en Rosas la autoría del hecho.

Cuando le toca exponer su juicio dice categóricamente que Rosas es el autor del asesinato de Quiroga. Aunque no aporta prueba documental que lo demuestre se funda en las presunciones derivadas de hechos posteriores que Rosas protagoniza cuando Quiroga desaparece de la escena nacional: el drama de Maza, de pocos años después, la ejecución de Camila O'Gormann, el fusilamiento de Cullen, "las tablas de sangre del déspota impasible y pavoroso..." Invita a reflexionar sobre los hechos de Rosas antes y después de la muerte de Quiroga.

Al resumir su juicio sobre el caudillo riojano, Peña conceptúa a éste como "el nervio, centro, fuerza, pensamiento y acción de esas entidades humildes, candorosas, lozanas, que se llaman las provincias, en la hora crepuscular de su incorporación a este núcleo incontestable que formara la patria".

Haciendo abstracción del problema Rosas, y sobre todo de su no demostrada culpabilidad en el crimen de Barranca Yaco —donde aflora en Peña la aversión a dicho personaje— y centrando la valoración del libro en la figura a la que está dedicado, puede afirmarse que David Peña es el historiador que mejor ha comprendido el alma de Facundo y las circunstancias de la época en que actuó. Más tarde, otros escritores mejoraron su información y ayudaron a consumir el objetivo que él se propuso, la plena reivindicación de Quiroga sin perjuicio de mostrar sus errores y extravíos. Mas cuando Peña acometió la empresa hacía falta inteligencia, pero sobre todo coraje intelectual. Él demostró tener esas dos virtudes que pueden resumirse en una sola: pasión por la verdad. Y por el derrotero que él abrió, en medio de la maraña de prejuicios y de las mentiras dichas con talento, vinieron luego otros escritores a confirmar las aserciones del precursor. Peña había escrito el anti *Facundo* y si no podía empañar la grandeza literaria del libro del sanjuanino que fue honesto en reconocer, lo cierto es que actualmente el juicio histórico sobre Juan Facundo Quiroga está asociado al empeño reivindicatorio de David Peña.